



NO ES UN FESTIVAL, ES UNA UTOPIÍA

Es el festival gratuito más grande del mundo. Se celebra en el parque más extenso y en San Francisco, la ciudad donde nacieron los 'hippies'. Para colmar lo insólito, lo paga un multimillonario que acaba de morir. Estuvimos en el Hardly Strictly Bluegrass: 88 actuaciones y un millón de asistentes de todo pelaje.

POR HELENA CELDRÁN Y JOSE ÁNGEL GONZÁLEZ FOTOS J. A. G.

«¿Por quién estáis aquí, por Dwight o por Patti?». Nada de apellidos ni protocolo sobre la radiante pradera del parque. Desde su puesto en la primera fila del público, la mujer —en los cincuenta, garboso sombrero *country* de rafia y camiseta entallada de la última gira de Bruce Springsteen— está a punto de ebullición. En unos minutos actúa Dwight (Yoakam), el zorro plateado del *hillbilly* que las vuelve locas con cada rotación de cadera. Cuando el músico sale a escena, la fan desenfunda el iPad, protegido por un estuche rojo pasión, graba el concierto casi al completo, se hace fotos con las amigas, grita como loca y corea cada canción. Mientras los *roadies* preparan el escenario para Patti (Smith), la señora ha desaparecido. Queda claro que vino solamente por Dwight.

En otro de los seis escenarios del festival Hardly Strictly Bluegrass, una pareja de jóvenes padres *hipsters* está de los nervios por la inminente aparición de Dirty Three, el trío australiano del violinista espasmódico Warren *Bad Seed* Ellis. Cuando el grupo descarga contra la atmósfera su *noise* romántico pero de altísima frecuencia, los tímpanos de las hijas pequeñas de los *hipsters* sufren el impacto, las niñas ponen caritas de dolor, se tapan los oídos y se largan a ejercer de niñas en una zona alejada de los mayores.

Leafin Winecoff baila lo que las crías consideran ruido. Con los ojos cerrados compone una coreografía improvisada que recuerda al taichi. «Intento escuchar la música con mi cuerpo. Es temperamental, oceánica. Me llega como si estuviera en un mar tempestuoso. Es oscura, adecuada para un día lluvioso y es interesante escucharla en este sol con niños saltando».

No todo es 'bluegrass'

A primera vista, el grupo australiano desentona en el ambiente *bluegrass*. ¿Hablamos de esa música de vaqueros, variante del *country* y nacida de la influencia de las baladas irlandesas e inglesas? El festival comenzó ciñéndose al género del pasto, las fogatas, las camisas bordadas y las botas de media caña, pero ha distendido sus maneras progresivamente y, acaso por el relax californiano, ahora acepta



Patti Smith, abajo a la izquierda, cerró una de las tres jornadas de la decimosegunda edición del festival gratuito, que se ha abierto con los años a estilos diferentes al *bluegrass* puro de grupos como Chuck Mead & His Grassy Knoll Boys (en el centro).





Warren Ellis, violinista que acompaña a Nick Cave tanto en los Bad Seeds como en Grinderman, tocó al frente de Dirty Three. Invocó el espíritu de Jim Morrison y se metió al público en el bolsillo.

parientes bastante lejanos. No habrá nunca un grupo punk, pero sí cualquier cruce de estilos donde las raíces sean palpables.

Mientras Warren Ellis llama a gritos al espíritu de Jim Morrison y se maravilla de lo bien que quedan los eucaliptos australianos en San Francisco, en una sincronía que parece fruto de un buen guionista se producen esta serie de acciones: una malabarista lanza bolas al cielo; unos vendedores de paella despachan raciones a cinco dólares; un hombre intenta convencerte de que Mitt Romney está de la chaveta y te entrega una chapa con la inscripción «Yo voto por Obama» pese a que le has dicho que eres español y no estás en el censo; un anciano baila una polca con una princesa hippie; varios centenares de perros con la mirada acuosa se preguntan: «¿Qué hacemos aquí»; un tipo vende cigarrillos de marihuana a un dólar; la Itty Bitty Dirt Band, una cofradía de jóvenes que parecen recién bajados de las montañas más lejanas de Virginia, tocan al borde de la senda vestidos con la misma —quizá textualmente: *la misma*— ropa que llevaban sus tatarabuelos; un joven lee el *Wall Street Journal*; decenas de miles de señores, sentados en comodísimas sillas de *camping*, custodian las neveritas con exuberantes *snacks* y tanta cerveza como para emborrachar a toda la Costa Oeste; un joven tumbado sobre una manta espera a sus amigos con una cabeza de maniquí clavada en un palo como estrategia para ser visible en la lejanía... Y así durante 55 horas.

Bienvenidos al festival gratuito de mayores dimensiones del mundo (3 largas jornadas, 6 escenarios, 88 actuaciones...). Se celebra desde hace 12 años en el Golden Gate Park de San Francisco (Estados Unidos), un lugar que no solo detenta también algún récord mundial (el parque más grande diseñado y creado por el hombre: 411 hectáreas,

más o menos 450 campos de fútbol), sino que puede ser considerado con rigor histórico como el útero materno del *hippismo* y el patio de recreo de su masiva parentela. La mirada panorámica permite verificar como altísima la posibilidad de que muchos de aquellos hijos de las flores o sus descendientes todavía rondan por aquí entre los casi un millón de asistentes a la edición de este año (celebrada entre el 5 y el 7 de octubre).

El capricho de un rico extravagante

El Bluegrass, como todo el mundo lo llama —y hay un alto grado de verdad poética en la traducción textual: hierba azul, el color celestial de las praderas—, no es un festival, es una utopía. Si traes de casa la comida, como casi todo el mundo, la manta para arroparte de la traidora presencia de la niebla que boquea el Pacífico (este año solo asomó el sábado)



y cualquier otra sustancia que necesites para dejar que la vida pase, la experiencia no va a tocar tu saldo bancario. Es gratis. Cero dólares. Nada.

Dos preguntas pertinentes sobre el germen de la utopía. Primera: ¿cómo es posible que no tengas que desembolsar ni un céntimo para ver a Elvis Costello, Patti Smith, Yoakam, Dirty Three, Steve Earle, Seasick Steve, Cowboy Junkies, Dave Alvin, Nick Lowe, The Civil Wars, Son Volt, Walter Salas-Humara, Tiny Television, Ben Kweller, Robyn Hitchcock, Emmylou Harris, The Head & The Heart... y así hasta casi un centenar de actuaciones?

Segunda: ¿cómo es posible que no haya ni un solo logotipo publicitario —es como para frotarse los ojos, lo sabemos— anunciando en banderolas, marquesinas, bambalinas, ciclorramas, y hasta en el cielo circundante, el patrocinio de alguna de las grandes corporaciones que suelen compadrear con los festivales de música para sembrar buenas vibraciones entre el *target* consumidor?

La respuesta a ambos misterios tiene filiación y, como es frecuente cuando se trata de utopías, resulta insólita. Desde la primera edición del Bluegrass (en 2001), todos los gastos de producción han salido de la fortuna personal de un multimillonario, Warren Hellman, rico desde la cuna, nacido en Nueva York en 1934, pero criado en San Francisco, ciudad de cuyo espíritu flexible y bastante loco se consideraba deudor. A los 26 años le llamaban Huracán Hellman y era el socio más joven de Lehman Brothers, el banco tristemente



Sobre estas líneas, tres señoras 100% *country* ante su ídolo, el vaquero californiano Dwight Yoakam. Las demás fotos del combo muestran el ambiente abierto y distendido del festival gratuito en las praderas del Golden Gate Park.





célebre cuya bancarota, en 2008, inició la crisis. Luego montó empresas de capital de riesgo y Hellman & Friedman, un banco de inversiones que llegó a manejar 20.000 millones de euros y participa en el accionariado de, entre otras sociedades, Levi Strauss, Young & Rubicam, Getty Images y Nielsen.

Republicano iconoclasta; judío renacido; *jogger* radical (20 kilómetros al día a las 4.30 de la madrugada); refractario a las corbatas; intérprete más que meritorio del instrumento rey del *bluegrass*, el banjo —se le puede escuchar en *Heirloom Music*, el disco que grabó en 2011 con el grupo The Wranglers, donde también toca el vaquero fuera de la ley Jimmie Dale Gilmore—, en algún momento de su vida Hellman se planteó una duda esencial: «¿Un Monet o un festival?». Por suerte, ya sabemos cuál fue su opción.

Hágase su voluntad

En diciembre de 2011 murió por las complicaciones derivadas de una leucemia y el *Bluegrass* de este año, el primero sin la presencia física del benefactor, tuvo un inevitable aire de acto fúnebre de cuerpo presente. Todos los músicos le recordaron, había lonas con fotos que repasaban su vida y repetían algunas de sus máximas («el dinero es como el estiércol: si te aferras a él, apesta. Pero si lo extiendes, pueden crecer cosas buenas»).

La incógnita es cuánto queda de *Bluegrass* y si el festival mantendrá la filosofía de estricta gratuidad sin lazos de patrocinio que Hellman aplicaba con

rigor. La comisión organizadora —150 personas en plantilla más 200 voluntarios que no cobran— no contestó cuando le preguntamos qué dejó establecido el multimillonario *hillbilly* en el testamento y a cuánto asciende el fondo que dispuso para las ediciones futuras. Algunas fuentes extraoficiales hablan de dinero para 10 más; otras, para 15.

Festival transgeneracional

«Hemos terminado una jornada de música. Dejen el maravilloso parque tal como lo encontraron y regresen a sus casas con cuidado y ayudando a quienes lo necesitan. Conduzcan como les gustaría que condujeran los demás en sus barrios. ¡Nos vemos mañana!», dice el presentador tras la actuación de Costello, que clausuró la jornada del viernes. Estás equivocado si piensas que el *Bluegrass* va de masedumbre evangélica. Va de civismo: el festival es ejemplar en sostenibilidad, un *zero waste event* con centenares de puntos de reciclaje atendidos por expertos identificados, 150 letrinas y cochecitos eléctricos para transportar a los músicos hasta los escenarios. El de Costello, por cierto, debió de tener algún problema y, para entusiasmo de los fans y sus febriles *cameraphones*, se quedó parado durante el tiempo suficiente para que al músico inglés lo frieran los *flashes*.

«Creo que Hellman era un hombre maravilloso. Devolver algo a la ciudad, así, tan fácilmente... La caridad es un valor que han perdido los millonarios, es una palabra que muchos de ellos ni conocen»,

Elvis Costello, en solitario, fue uno de los grandes triunfadores de esta edición.

dice Dany Williams (61 años), asistente al festival que vino con su perra *Cheyenne* y al que encontramos en Hellman Hollow (la Hondonada de Hellman), bautizada por los gestores del parque en honor al filántropo.

De otra generación, Kianna Kagawa (18) hace volteretas laterales a pocos metros. Es la primera vez que acude al *Hardly Strictly Bluegrass* y solo piensa en pasarlo bien. «No sé nada de la historia de este festival. Escuché algo, pero nunca realmente... Ya sabes. Es un lugar divertido en el que estar. Me gusta estirarme por aquí».

Estas dos actitudes, entusiasmo y hedonismo, explican la peculiaridad de cualquier utopía: da igual la razón por la que has venido, lo importante es que estás. La fan fatal que disfrutaba en primera fila del concierto de Dwight (Yoakam) es el ejemplo vivo del espíritu abierto del festival *Bluegrass*, admitiendo acompañantes a su lado: «Aquí tenemos espacio para todos, solo hay que compartirlo». ■

www.hardlystrictlybluegrass.com

